

LA REVOLUCIÓN DEL SUR

por el Académico DR. ALEJANDRO LASTRA

El movimiento revolucionario que se produjo en la zona Sur de la Provincia de Buenos Aires fue un acto heroico contra los abusos, los excesos, la persecución y el terror desatado por la tiranía. Fue obra de un grupo resuelto y desesperado de patriotas, ansiosos de restablecer la libertad y las formas civilizadas de vida ante la opresión sangrienta del despotismo. No fue un hecho aislado pues se conecta con la acción emprendida contra el tirano y que habría de recoger sus frutos en los campos de Caseros, años después.

La faena de esos hombres que sacrificaron su bienestar, su tranquilidad y sus vidas, es parte del rosario de luchas y de esfuerzos para retornar a la línea de Mayo y fundar la República, tal como la soñaron los que proclamaron la Independencia y se vislumbraba en los primeros gobiernos patrios, hasta que la sombra cayó sobre la nación incipiente. Entronca pues con la titánica acción para obtener la libertad perdida y tiene la virtud de ser la primera y única reacción bélica en el seno mismo del poder absoluto.

Se ensangrentaron los campos del sur con héroes a veces anónimos, pero se dio un blasón de dignidad a los pueblos insignes que participaron en la brega, embargados de entusiasmo al marchar a la contienda carentes de recursos, de armas, de conducción eficaz, pero decididos al sacrificio o reconquistar la libertad. Si no les hubiesen faltado los medios de que carecieron y no hubieran estado abandonados a su propio empeño, es probable que el curso de la historia se hubiese modificado y el país hubiera alcanzado antes su organización definitiva, *evitándose años de luto y de dolor.*

El 8 de diciembre de 1829 Juan Manuel de Rosas asumió el mando en la Provincia de Buenos Aires, a poco más de un año del pronunciamiento de Lavalle y antes de que hubiese transcurrido ese plazo desde la muerte de Dorrego. Allí comienza su ascenso, plagado de intrigas y de violencia, para llegar al poder absoluto, que habría de detentar durante casi veinte años. No era federal. Ese mismo día confesaba al agente Oriental en Buenos Aires, que no lo era: "Crean que soy federal, no señor, no soy de partido alguno —le expresaba— sino de la patria". Y esto repitió en ocasiones posteriores. El federalismo fue en él una simulación, una máscara para adueñarse del país e imponerle su voluntad en un férreo régimen unitario.

Se lo había elegido por la Sala de Representantes el 16 de diciembre, pero antes habían sido concedidas al gobernador facultades extraordinarias. Eliminado Paz, prisionero de López, después de su triunfo en el interior sobre Quiroga, a Rosas, dueño de Buenos Aires, le fue fácil dominar el litoral con su poder económico. Durante éste su primer gobierno se desarrolló una lucha permanente con la Sala de Representantes que no se resignaba a entregar toda la autoridad al Gobernador, y sus partidarios que pugnaban por convertirlo en un autócrata. Los dirigentes legalistas del federalismo, aquellos que habían sido partidarios de Dorrego, se oponían a las pretensiones del rosismo, señalando una diferencia que se fue ahondando en el mismo seno del Partido Federal.

Antes de que finalizara su primer gobierno se produjo en esa Sala un extenso debate acerca de concesión de nuevas facultades extraordinarias al Gobernador. El dictamen de la Comisión aconsejó otorgarlas, con extraordinaria amplitud, que importaba transformarlas en permanentes. En la sesión del 29 de octubre de 1932 se opuso Diego Alcorta, maestro de una generación, expresando con verbo elocuente: "Nosotros los que ocupamos este puesto, no podemos hablar de nuestros deberes sancionando esa ley que aniquila las mismas formas que nos hemos comprometido a sostener". Ignacio Martínez explicó claramente que: "La revolución tuvo por objeto reducir el poder y dar garantías a la sociedad. La independencia de los poderes políticos es una de las bases primordiales del sistema representativo republicano. Este proyecto va a destruir el sistema representativo, porque la Junta de Representantes de la Provincia desde el momento que lo sancione no

va a tener objeto". Argerich dijo, con energía, que el proyecto "destruye la independencia y la existencia política de los poderes que componen la sociedad". La Sala denegó el nuevo otorgamiento que se proponía y resolvió que la Comisión de Negocios Constitucionales debía elaborar un proyecto de ley que señalase las atribuciones del Gobernador. Según Ibarguren con esa sanción "el grupo de los federales doctrinarios y principistas, los que más tarde fueron apodados «lomos negros», logró esta vez un triunfo completo".

El 5 de diciembre de 1832, la Sala reeligió Gobernador a Rosas, pero éste renunció porque no se le acordaban las apetecidas facultades extraordinarias. Después de ese rechazo del futuro déspota se sucedieron los efímeros gobiernos de Balcarce, de Viamonte y de Maza durante el primero de los cuales Rosas realizó la expedición al desierto, iniciada el 22 de marzo de 1833, con lo que lo despojó al Gobernador de las mejores tropas del ejército, y se mantuvo alejado del centro en que se luchaba por el poder, mientras su esposa Doña Encarnación seguía sus instrucciones para intrigar contra el Gobierno, soliviantar a las masas populares y amedrentar a los opositores. En el período de dos años que transcurre hasta 1835, se liquida el partido federal doctrinario y se afianza el poder de Rosas con su influencia sobre las capas más bajas de la Sociedad.

El 28 de abril de 1833 se realizan las elecciones para integrar la Sala de Representantes. Concurren las dos fracciones federales, triunfando los federales doctrinarios frente a los partidarios de Rosas, que figuraba en ambas listas. Este hecho desata los acontecimientos violentos que le sucedieron y en los que actúan los futuros mazorqueros, tales como Cuitiño y Parra. Doña Encarnación teje su madeja que conduce a la Revolución de los Restauradores y a la exoneración de Balcarce el 3 de noviembre de 1833, eligiéndose para sustituirlo al General Juan José Viamonte. A partir de ese momento los acontecimientos se precipitan. Rosas niega su apoyo al nuevo Gobernador y doña Encarnación desata el terror haciendo balear las casas de los federales doctrinarios, que comienzan a exilarse.

Imposibilitado para gobernar, Viamonte renuncia el 5 de junio de 1834 y elegido Rosas para sustituirlo no acepta, pues exigía facultades extraordinarias que no se le con-

ceden. Tampoco aceptan ninguno de sus amigos más allegados por lo que se hace cargo del Gobierno, con carácter interino, Manuel V. Maza, Presidente del cuerpo legislativo. Finalmente el 7 de marzo de 1835 se nombra a Rosas por un período de cinco años, esta vez con la suma del poder público que concentra en una sola persona a los tres poderes del Estado, quebrando definitivamente la tradición de Mayo e instaurándose la tiranía.

La campaña de intrigas y violencia ha rendido sus frutos. El sistema republicano es aniquilado al destruirse la división de los poderes y un plebiscito ratifica, el 26 de marzo, el ominoso nombramiento. Rosas se instala en el poder absoluto el 13 de abril de 1835 y comienza la destitución de los desafectos. Su retrato se instala en las iglesias y en los sermones los sacerdotes lo elogian.

La ola federal llega a la enseñanza. Para ser profesor o catedrático universitario se exige la adhesión al régimen y el uso del cintillo punzó, que alcanza a los militares, a los empleados y a la sociedad entera. Los alumnos debían ser educados en las miras políticas del gobierno y se les otorgaban premios con medallas que lucían el retrato del dictador, los que debían llevarse con una cinta punzó al cuello. Pero la enseñanza decae ante la indiferencia oficial y con excepción de las escuelas de la Sociedad de Beneficencia, sólo subsisten escuelas privadas.

Ya desde la revolución de 1828, había comenzado el éxodo de los profesores universitarios que se intensifica, y emigran los intelectuales que había incorporado Rivadavia. A partir de 1835 se exige para graduarse ser adicto a la causa federal y desde enero de 1836 para recibir el título universitario era necesario previamente una información sumaria, que probase ser obediente y sumiso a las autoridades y al sistema federal. A partir de 1838 se suprimen los sueldos y todo apoyo económico a la Universidad, la que vio despobladas sus aulas. Si no cerró sus puertas fue porque los profesores dictaban sus clases gratuitamente y los alumnos abonaban una cuota mensual para mantenerla.

La vida literaria no tuvo mejor suerte en esa época funesta, que retardó durante veinte años la evolución y el progreso. Ricardo Rojas ha expresado que "durante el predominio absoluto de Rosas no se produce en el país ninguna obra literaria que merezca recordarse y los per-

sonajes principales de su prensa asalariada son dos extranjeros: el inglés Love y el italiano De Ángelis, que insulta a los proscriptos. Estos, en cambio, producen y publican en los países donde se refugiaron libros de que hoy se enorgullece la Argentina y maduran algunas de las que producen después de la emigración”.

Hacia pintar de colorado las ventanas, las rejas, las puertas de las casas y hasta los postes de la calle y también se introducía en la indumentaria. Había “patillas permitidas”, barbas sospechosas de unitarismo, se regulaba el color de los chalecos, las dimensiones de las divisas y había moños obligatorios para hombres y mujeres. Vicente Fidel López señala que: “Cerró los colegios, desparramó a los cuatro vientos a los profesores, quitó los subsidios y la vida a la Universidad de Buenos Aires, desatendió las escuelas”.

Mientras sometía a Buenos Aires a su férula feroz, no descuidaba de extender su dominio a todo el país. Con astucia y sin detenerse en los procedimientos, haciendo valer su poder económico fue sometiendo a los caudillos del interior. El bloqueo francés de Buenos Aires y de todo el litoral del Río de la Plata, le permitió extender su poder por la adhesión de las provincias a su política, convirtiéndose de hecho en Presidente de la Nación. Por supuestas razones pudo fusilar también en el interior, y dar órdenes a los gobernadores. El 10 de octubre de 1838 los franceses toman Martín García, acto que los emigrados en Montevideo repudian observando con angustia ese suceso, pero ya muchos de ellos mantenían vinculación con las autoridades uruguayas que conducirían a la aproximación desesperada con los invasores.

Mientras el déspota extendía y afianzaba su dominio sobre la ciudad inermes y sobre el país, se organizaba la resistencia que iba a dar lugar a muestras de heroísmo y sacrificio. La juventud porteña comenzó a reunirse bajo la influencia de espíritus preclaros. Echeverría, Alberdi, Gutiérrez, Cané, agrupados primeramente en el efímero Salón Literario de Marcos Sastre, se unieron después en la Asociación de Mayo el 23 de junio de 1838. Entretanto los emigrados en Montevideo se esfuerzan en su lucha contra Rosas y se establecen contactos con el grupo que se desenvuelve en Buenos Aires. La hermandad creada entre ambas orillas del Plata se intensifica y amplía.

La situación es extremadamente violenta a fines de 1838. El 7 de diciembre Gutiérrez le escribe a Alberdi que "las prisiones son aquí infinitas... nadie quiere salir a la calle. Para esta fecha anuncian una salida de la mazorca para cortar barbas". Juan María Gutiérrez y otros adeptos de la Asociación de Mayo en el interior, mantienen en 1839 la resistencia contra Rosas. El ambiente se prepara progresivamente para la lucha armada contra la tiranía.

A principios de 1839 la situación obliga a la Asociación de Mayo a actuar en secreto desapareciendo como organización, pero un grupo pequeño desafiando enormes peligros sigue luchando contra Rosas. Por ese mismo tiempo, ante la decisión de Rivera de librar lucha contra Rosas, los emigrados en Montevideo constituyen la "Comisión Argentina" de corte unitario, que aceptaba su apoyo en las operaciones que programan para liberar a Buenos Aires.

El 22 de enero de 1839 la Comisión pide a Lavalle que se ponga al frente de la emigración y mientras éste en medio de tremendas complicaciones prepara su expedición, en Corrientes, Berón de Astrada el 28 de febrero de 1839 declara la guerra a Rosas y Echagüe, gobernador de Entre Ríos, pero abandonado por Rivera es vencido y muerto en Pago Largo. Doscientos prisioneros fueron degollados en el campo de batalla y con la piel de Astrada se hace una manea que como ofrenda se remite al tirano. El núcleo porteño, unido en el "Club de los Cinco" ha continuado en su labor conspirativa, tratando de socavar los cimientos del gobierno y al grupo originario se agregaron muchos otros entre ellos Pedro Castelli, Marcelino Martínez Castro, Matías y Ezequiel Ramos Mejía, que habían de destacarse en la Revolución del Sur. El plan comprendía un movimiento militar en la ciudad, con un levantamiento en la campaña y el apoyo de Lavalle. Iniciada la revolución Manuel V. Maza, padre de Ramón, se pondría al frente de una actitud análoga en la legislatura.

A principios de Mayo no había nada orgánico todavía. Pero José Lavalle, hermano del general, confirma al "Comité de los Cinco" que Ramón Maza estaba de acuerdo con los conjurados y creía contar con importantes adhesiones militares, entre ellas la del Coronel Granada. En junio Maza instaba a Lavalle a desembarcar en la costa

de Buenos Aires para producir al mismo tiempo el levantamiento en la ciudad, pero como Lavalle no se decidía resolvió movilizar a la campaña para actuar al tiempo que se lo haría en la ciudad. Cuando Maza iba a marchar al Sur, Rosas por una delación conoció la conjuración y el 24 de junio lo detuvo junto con otras personas, entre ellos Carlos Tejedor. Movilizada la Sociedad Restauradora el 27 de junio de 1839, en una noche aciaga, era asesinado por la mazorca Manuel Vicente Maza, Presidente de la Sala de Representantes y padre de Ramón Maza, que fue fusilado por orden de Rosas el día 28.

De inmediato se desató el terror con el asesinato de unitarios, que pocos había ya en la ciudad, y de federales disidentes. El 2 de julio uno de los representantes rosistas en la legislatura en la exaltación desatada sobre la ciudad, dijo "los federales que estamos en estas bancas, estamos resueltos una vez que nos amenazan con puñales, a empuñar el puñal, resueltos a clavarlos en el corazón alevé de los unitarios". El mismo lenguaje de Perón. La ola de espanto se extendió sobre la ciudad. Se mantuvo en permanente agitación a la masa adicta y durante mucho tiempo se sucedieron encomiásticos homenajes en honor de Rosas.

El General Paz en sus memorias describe el estado de Buenos Aires en esos días de exaltación rosista, diciendo: "sus calles estaban casi desiertas; los semblantes no indicaban sino duelo y malestar. El comercio había caído en completa inactividad; la elegancia de los trajes había desaparecido y todo se resentía del acervo pesar que devoraba a la mayor y mejor parte de aquel pueblo que yo había conocido tan activo, tan feliz, en otra época". Saldías, en su conocida obra, indica las fiestas organizadas en las distintas parroquias en honor del tirano y la forma en que su retrato era conducido hasta las iglesias, después de haber sido paseado triunfalmente.

Pero simultáneamente con la organización conspirativa en la ciudad, la campaña Sur de la Provincia había sido también movilizada por los revolucionarios en una acción entrelazada estrechamente. Ramón Maza había vinculado a Pedro Castelli, hijo del prócer de Mayo y guerrero de la Independencia. Por su intermedio se lograron valiosas adhesiones y, como señala Saldías, Marcelino Martínez Castro, Matías, Francisco y Exequiel Ramos Mejía, Madero, Crá-

mer, Gándara, Domingo Lastra, Miguens, reunían en sus estancias a los pobladores de la zona con el pretexto de carreras o de realizar faenas de campo, encubriendo en esa forma las tareas que realizaban para producir la rebelión en el momento oportuno.

Entretanto Lavalle dudaba acerca del lugar en que, desde Martín García adonde se había trasladado, iba a iniciar su acción contra Rosas. El 21 de julio en carta a Félix Frías le expresaba: "Yo pensaba desembarcar en el norte, por la incertidumbre en que he estado desde el asesinato de Maza, pero estando libre Castelli, me voy al Sur llevándole yo mismo las armas, si las encuentro". No obstante, días más tarde, el 10 de agosto, decía a Andrés Lamas haber cambiado sus planes, a raíz de que Echagüe había invadido la Banda Oriental desguarneciendo al litoral rosista, y cediendo además a los requerimientos de Corrientes por lo que, agregaba: "Me voy a Entre Ríos, en Buenos Aires se van a desesperar, pero así lo exige el bien público".

En Dolores, los conspiradores habían conseguido la adhesión de Manuel Rico, 2º Jefe del Regimiento Nº 5. En Chascomús Francisco Villarino encabezaba la rebelión. La muerte de Maza y el cambio de rumbo de Lavalle, que los dejaba sin conducción y sin armas, no detuvo a los conjurados, decididos en su acción contra la tiranía. Habían proyectado iniciar la revolución el 6 de noviembre de 1839, cuando una delación los determinó a adelantarla. Fue así como en Dolores el 29 de octubre, como señala Mariano de Vedia y Mitre: "El comandante Rico se resolvió a producir el estallido. Todo ello está lleno de grandeza... No había nacido el día cuando Rico, acompañado del Teniente Romero y de sus asistentes, golpeaba las puertas de sus principales colaboradores en la patriótica empresa. Todos estaban listos".

En la crónica publicada en "El Nacional" de Montevideo, referida a estos sucesos, cuya noticia fue llevada por los emisarios de los sublevados, se dice que: "El 29 de octubre predicán los misioneros de Rosas en la Iglesia de Dolores con un fervor, a la verdad poco evangélico, las virtudes del Ilustre Restaurador de las Leyes y su digna esposa, la heroína Encarnación, cuando hete aquí que se oye en la Plaza la grito de los revolucionarios de 'Muera el tirano', 'Viva la Patria' y sin cortarse, los buenos de los padres terminan el panegírico de Rosas del modo siguiente: 'Oh, Po-

deroso y Misericordioso Dios: Te damos gracias porque Has Hecho venir el día por que tanto suspirábamos, ya cayó el tirano que ataba nuestras lenguas y profanaba nuestra santa religión; aquel espantoso Nabucodonosor de la cautiva Buenos Aires', y echándose abajo del púlpito menudearon abrazos a los revolucionarios y cada uno de ellos decía poco más o menos del modo siguiente: 'Nadie conoce como yo el corazón de esa fiera; los cincuenta que me ha tocado confesar y que el tirano ha hecho fusilar todos eran inocentes y no había un solo criminal. Esta es la suerte que siempre ha cabido y cabrá a los tiranos'".

Este es el momento en que, como consigna Angel J. Carranza, con el redoble del tambor, que tocaba a generala por las calles aún solitarias, despertaba el vecindario y todos se asomaban a las ventanas para intuir la causa de tal alboroto. Los comerciantes, cerrados sus negocios, acudían armados a la plaza. Reunida la población en el centro del pueblo el comandante Rico la arengó con una proclama en que dijo así: "Nos hemos reunido aquí con el objeto de elegir para el Partido de Dolores un nuevo comandante militar y otro Juez de Paz que respondan y apoyen el levantamiento de la campaña del Sur, contra el gobernador D. Juan Manuel de Rosas, mandón inicuo que nos afrenta con sus caprichos ante el extranjero, ante nosotros mismos y ante nuestras madres, esposas e hijos. ¿Para qué queremos, paisanos, un gobierno absoluto que mañana o pasado nos pegará cuatro tiros injustamente? Este pueblo heroico, cansado de tanta humillación, amenazado en la vida y los intereses de sus hijos, se pone en armas. Juramos todos no dejarlas mientras no hayamos dado en tierra con el amo y el último de sus esclavos. Patriotas del Sur: ¡Viva la Libertad! ¡Abajo el tirano Rosas!".

Acto seguido se trajo desde el Juzgado el retrato de Rosas, manifestando seguidamente el comandante Rico, según refieren las crónicas: "Compañeros: Hermanos, ¿por quién llevamos este velillo de luto en el sombrero?, y arrancándose también la divisa agregó: ¿y qué significa esta mancha ignominiosa sobre el corazón? Arrojemos con desprecio al suelo al primero, clavando en él con nuestros puñales la segunda para vengarnos de tantos ultrajes". Y en el acto, según un testigo, la plaza quedó coloreando en cintas y sembrada de trapos negros.

Cramer comunicó estos sucesos al comandante Francisco Villarino que estaba en Chascomús, al mando del cuerpo de cívicos, y en esta ciudad se repitieron los actos ocurridos en Dolores. Reunido el pueblo frente a la plaza, Zacarías Márques, unido a los sublevados, pronunció una entusiasta arenga. Según el relato de Juan B. Selva dijo: "...Que si bien por el momento sólo eran algunos centenares de valientes que estaban allí, ya aprestados para la lucha, con las armas en la mano, pronto serían miles, porque era general el sentimiento de repulsión hacia Rosas", y allí como en las Asambleas populares de la antigua Grecia, en plena plaza y reunión vecinal se acordó cambiar las autoridades del pueblo nombrando a Jacinto Machado para el cargo de Juez de Paz.

El día 5 partió Castelli desde su campamento de Dolores hacia Chascomús. El 7 de noviembre los revolucionarios se enfrentaron con las fuerzas de Prudencio Rosas, Jefe del regimiento N^o 6, quien desde Azul había acudido a sofocar la rebelión por orden del tirano, que se había enterado de los acontecimientos.

Nada más gráfico para revelar el comienzo de esos hechos, que el relato contenido en las memorias de Da. Carmen Machado de Deheza. Dice así: "Y nuestros valientes soldados volaron al campo de batalla. ¡Oh!, qué días aquellos de gloria para los nuestros; yo esperaba con ansia la venida de aquellos patriotas y sólo me ocupaba de reunir flores, hacer divisas y preparar un traje para ir a saludarlos. Llegó ese momento y por mi casa pasó un piquete con poca gente; recuerdo el abanderado, era un señor Lastra, que se entrelazó en su estandarte una de mis coronas, derramé mis pobres flores sobre la cabeza de aquellos patriotas... Mi corazón latía de alegría. Deheza iba y venía lleno de entusiasmo, me decía que indudablemente la victoria era nuestra; triste ilusión, fantasma de ventura, cuán pronto ibais a precipitarnos en un caos de desdichas".

Producido el feroz entrevero y no obstante la falta de organización y de armas, la victoria parecía favorecer a los patriotas, hasta el punto de que Prudencio Rosas se alejó con precaución, hasta cinco leguas del campo de batalla, dando por perdida la acción. La lucha se desarrolló en forma caótica desbandándose fuerzas de ambas partes, según los relatos, a veces en franca huida y a veces persiguiendo sin saber a quién. En ese momento se produce la

traición del oficial Francisco Javier Funes quien levantó en la punta de su espada un pañuelo blanco y no tuvo reparos en pasarse con hombres y armas a las filas del enemigo.

Al mediodía Prudencio Rosas, ya seguro del resultado, llegaba al pueblo, donde se habían cometido muchas depredaciones y asesinatos. En el campo de batalla quedaron más de 250 muertos de los revolucionarios y las fuerzas de Rosas hicieron aproximadamente 200 prisioneros. Estos datos prueban la ferocidad con que se había luchado y el entusiasmo que embargaba a los sublevados. Enrique M. Barba, en su estudio sobre las reacciones contra Rosas, inserto en la Historia de la Nación Argentina publicada bajo la dirección de Ricardo Levene, expresa que: "En el brevísimo lapso que corre desde el levantamiento de Dolores hasta la derrota de Chascomús, no fue posible organizar el ejército revolucionario. Prácticamente no era más que una masa humana sin jefes y sin soldados y para colmo sin armas. Estas habían sido pedidas a la 'Comisión Argentina' en Montevideo y llegaron después del desastre. Frente a estos grupos, que sólo podían oponer su valor, avanzaban las huestes de Prudencio Rosas, bien equipadas e igualmente disciplinadas". En el campo de batalla quedaron Cramer y según consta en las obras publicadas al respecto el mayor Domingo Lastra y su hijo de igual nombre de 19 años, el animoso abanderado de que habla Carmen Machado de Deheza, Francisco Madero, Gándara, Campos, Pillado, Matías Ramos Mejía, José Ferrari y Juan Ramón Ezeiza y tantos otros estando el pueblo y la laguna de Chascomús y el arroyo Vitel cubiertos de sangre.

El infortunado Castelli, que había logrado salvarse, fue encontrado en los Montes Grandes cerca de Dolores y allí fue degollado. Prudencio Rosas comunicaba a Corvalán, Secretario del tirano, esa noticia de la siguiente forma: "El principal cabecilla, motinero, salvaje unitario Pedro Castelli había sido encontrado en una isleta de monte y que habiéndose resistido a entregarse, fue necesario matarlo y cortarle la cabeza que me fue presentada, la que reconocida por mí, por infinitos que lo conocían y por un peón que lo acompañaba y que había sido aprehendido, la remito, el general que firma, a Dolores para que el comandante político y militar de ese pueblo la coloque en un palo en medio de la plaza, lugar donde estalló el motín para escarmiento de esos malvados salvajes unitarios". La cabeza de

Castelli permaneció en esa macabra exhibición durante ocho años hasta que una vieja correntina, Francisca Gutiérrez, la encontró a un costado del camino y le dio sepultura en el cementerio.

En muy distinta forma relata Mariano de Vedia y Mitre el asesinato de Castelli que fue hallado "inerme por una partida de los vencedores, que lo sacrificaron vilmente. El forajido de nombre Juan Durán, que lo degolló, fue premiado por Rosas acordándole el uso de barba y bigote federal, testera y colera punzó para su caballo y el sueldo de sargento para toda la vida". Y el mismo Vedia y Mitre agrega que "no puede dejar de recordarse una vez más los términos del comunicado macabro sobre este crimen horrendo enviado al bravo Prudencio Rosas, que conoció su victoria a cinco leguas del campo de combate. Ese comunicado decía así: 'Con la más grata satisfacción acompaña a Vd. la cabeza del traidor, forajido unitario Pedro Castelli, General en Jefe de los desnaturalizados sin patria, sin honor y sin leyes. Felicito a Vd. por ese suceso tan interesante para nuestra sagrada causa federal y para todo el continente americano'. Echeverría, al conocerlo, expresó: 'Parece el grito de un caníbal'".

Tras la derrota de los revolucionarios se procedió a la confiscación de sus bienes bajo el título de embargos, adueñándose el tirano de sus tierras que fueron repartidas, en virtud de la ley de premios, entre los vencedores y los funcionarios públicos que permanecieron fieles a Rosas. Solicitaron tierras hasta el rector de la Universidad, adicto del tirano, y el perrero de la curia.

En la zona de Dolores fueron confiscadas o pseudoembargadas casi todas las estancias: en Tuyú 32, en Mar Chiquita 33, en Pila 26, alcanzando la expropiación no sólo a los directamente complicados en la revolución sino también a sus parientes.

El coronel J. Amadeo Baldrich, que formaba entre las fuerzas del coronel Granada, en su obra sobre *El teniente general Donato Álvarez. Su vida militar*, expresa que "El tirano, vencida la revolución popular del Sur, no tenía ahora otro peligro inmediato al frente, que el esforzado general Lavalle, aprestándose a la invasión libertadora de Buenos Aires...".

Después de la batalla de Chascomús el Comandante Rico pudo salvarse y con ochocientos hombres embarcarse en el Tuyú para unirse a la cruzada del General Lavalle. Se ha juzgado que esa actitud fue equivocada, pues con los refuerzos y las armas llegadas posteriormente desde Montevideo, enviados por la "Comisión Argentina" pudo quizá, haberse mantenido la resistencia contra Rosas.

Benjamín Villegas Basavilbaso ha expuesto su juicio sobre la Revolución del Sur en los siguientes términos: "La Revolución de 1839 tiene un hondo significado político y moral. Los hechos históricos no se miden por el éxito o el fracaso, sino por las enseñanzas que dejan para el futuro. El grito de Dolores y sus proyecciones en la campaña bonaerense, estimados objetivamente, carecen de relieve por sí solos; levantamiento aplastado en sus orígenes, revolución abortada sin consecuencias políticas, episodio dramático de la interminable lucha fratricida. Pero en su contenido ético adquiere caracteres inconfundibles por los sentimientos elevados de dignidad, por los ideales que la animaron, por la voluntad que la impulsó en bien de la libertad argentina. Los insurgentes abandonaron sus hogares y sus bienes para constituirse en milicia, sin grados, sin sueldos, sin honores, sin estímulos...".

El diario "La Prensa" en su edición del 7 de noviembre de 1939, al comentar la batalla de Chascomús, expresó: "del charco de sangre en que fueron ahogados los Libres del Sur, surgió una luz que a través de las pampas, de los ríos y de las selvas condujo a los argentinos a la aurora de Caseros".

Esteban Echeverría dedicó sus versos a los patriotas del Sur diciendo:

"¡Silencio! Cayeron los nobles patriotas
"Lidiando con brío por la libertad
"La Patria algún día libre de tiranos
"Les pondrá corona de inmortalidad".

Mitre, uno de los preclaros fundadores de la nacionalidad, patricio ilustre que la presidió moralmente hasta su muerte, en su poema dedicado a la "Revolución del Sud", cantó así a la gesta heroica:

"Gloria, Honor y Laureles, 18
"al que muere batallando
"y que sus ojos cerrando
"aún exclama: 'Libertad'.

"Gloria eterna a los que alzaron
"la bandera de esperanza,
"y elevaron en su lanza
"los dogmas de la igualdad".

Y en el epílogo expresa:

"Por las llanuras del Sur
"yacen doquier esparcidas
"las semillas bendecidas
"del árbol de Libertad.
"Con la sangre del martirio
"ha sido ese árbol regado:
"si sus ramas han cortado
"el tronco intacto quedó".

La funesta tiranía que asoló el país hace más de cien años nos trae, por natural asociación de ideas, a la que hemos debido soportar en este siglo. En ambos casos la ascensión al poder absoluto, se produce utilizando la intriga, la mentira y la traición, poniendo todos los medios al servicio del mal, excitando a las masas menos cultas con dádivas y prebendas y con una cohorte domesticada a su servicio. En ambas se desconocen los más sagrados valores de la dignidad y de la moral y se sume al país en la abyección. En uno y otro caso hubo una heroica resistencia de los espíritus más capaces, firmes y resueltos, que padecieron el martirio y la prisión y sintieron en su alma el dolor de la patria desgarrada.

El poder se asentó en las capas subalternas de la sociedad; subalternas en su moral, no porque lo fueran económicamente. Fueron corrompidas por la demagogia, los halagos y las vanas ilusiones, excitando sus más bajos instintos. En ambos casos se endiosa la figura del dictador y a sus esposas se las pone al servicio de sus propósitos tiránicos. Lo hemos visto personalmente en esta segunda tiranía, y si en el siglo pasado se llevó al déspota a las iglesias, en el actual se levantaron altares de homenaje y se procedió, con furia vesánica, al incendio de los templos. En las dos épocas nefastas se persigue o se anula la libertad de prensa.

El 17 de octubre es una reedición de la mentada revolución de los restauradores que llevó a Rosas a la tiranía, y en ambos casos se sepultó a la República. Fueron iguales

en uno y otro caso las exequias ostentosas de sus esposas fallecidas y la imposición del luto como procedimiento para despertar idolatría.

La recuperación del rosismo costó años de esfuerzos y de luchas y los timoneles de la patria procedieron con energía y decisión para organizar el país y destruir la cizaña sobreviviente. Nosotros estamos ahora en igual proceso y hacemos votos, tengamos la esperanza, que aquéllos que hoy manejan el timón actúen con el mismo espíritu y la misma firmeza de los próceres que nos dieron la tranquilidad y la paz que duró casi 100 años.

Permitidme ahora finalizar esta larga reseña de aquellos épicos sucesos, con una invocación personal. En la batalla de Chascomús murió mi bisabuelo Domingo Lastra, y su hijo de 19 años, Domingo Fermín, uno de los abanderados de la tropa revolucionaria que cayó con la enseña de la patria en sus manos y la mantuvo aún después de muerto. Había participado en los actos preparatorios de la insurrección poniendo a su servicio su vida y sus bienes. Dueño de una estancia en las proximidades de Chascomús, Domingo Lastra intervino en el complot y en su campo, como en otros de la zona, se efectuaban las reuniones preparatorias de la revolución. Estuvo presente en todos esos actos y en la remoción de las autoridades locales, como lo consigna en sus memorias Carmen Machado de Deheza. Sargento mayor del batallón Ajó, intervino en la lucha. Ofrendó su vida a la edad de 44 años. Con él participaron también Agustín, Marcelo y José Lastra. Está sepultado con su hijo y los que cayeron en la acción, a la vera de la laguna de Chascomús, donde murió, en un mausoleo, rodeado de árboles, cuya lápida dice así: "Juntos perecieron defendiendo los mismos principios: que juntos reposen todos como compañeros de causa y de infortunio".

La avenida principal de esa ciudad lleva su nombre, en homenaje a su memoria y en su cruce con la Avenida Mitre, se descubrió una placa de bronce con esta inscripción: "Domingo Lastra. Poblador de Chascomús. Ciudadano valiente y abnegado. Dio su vida en pro de los derechos del hombre. Homenaje del pueblo de Chascomús en el Centenario de su muerte. 7 de noviembre de 1939".

Al llegar a Buenos Aires la noticia de los luctuosos sucesos de Chascomús, la mazorca, con Parra y Cuitiño, que

la comandaban, asaltó la casa de su madre, Clara Muñoz de Lastra, que los enfrentó para dar tiempo a que se alejaran por los fondos sus nietos de menor edad. Vencida su resistencia le presentaron los relojes de su hijo y nieto muertos y tras lo cual registraron el edificio destrozando el mobiliario y apoderándose de los objetos de valor y del dinero que encontraron.

No sin emoción evoco a este antepasado y a su joven hijo que dieron su vida por la libertad y por un ideal. Encendieron, con otros héroes, en la acción desesperada, la antorcha inextinguible de la rebelión que alumbraría, sin declinar, las horas oscuras de la tiranía, para iluminar después el triunfo de Caseros. A ellos y a todos los que perecieron en la larga lucha, les caben las palabras de Nicolás Avellaneda: "La tiranía de Rosas no avergüenza porque suscitó el heroísmo y necesitó derramar sangre hasta la fatiga".